

«VOLVIÓ SED A LAS AGUAS OLVIDADAS»: JOSÉ ANTONIO Y LA LÍRICA ⁽¹⁾

Álvaro de Diego González, Universidad San Pablo-CEU.

No resulta difícil rastrear el gusto de José Antonio Primo de Rivera por la poesía. El valor concedido en su obra a lo poético alcanza al reconocimiento de que a los pueblos sólo los han movido los poetas; la conciliación exacta entre ser falangista y poeta; o el desdén que mostraba hacia quienes, como presuntamente Calvo Sotelo, no sabían un solo poema (2).

Queda constancia, asimismo, de su apenas conspicua afición por la literatura de Federico García Lorca, Rafael Alberti o Pedro Salinas. Tampoco la resaca de un tempestuoso y apresurado final nos ha privado de un escueto manojito de composiciones propias. Entre ellas, probablemente la más prístina sea la «Profecía de Magallanes». Publicada en 1922 en la revista *Raza Española*, dirigida por Blanca de los Ríos, la pieza recoge el acento de un alma aún adolescente, voluntarista y ligeramente intuitiva de las empresas políticas ante las que habría finalmente de sucumbir:

*Es infinito el mar, la vida, corta,
nuestro poder, pequeño,
¡pero no os arredrés! ¿Qué nos importa
que se acabe la vida en el empeño?
¿Qué importa nuestra muerte si con ella
ayudamos al logro de este sueño?
Si la muerte es tan bella,
¿qué importa sucumbir en el empeño?
¡No importa que muramos! Las estelas
que dejan nuestras raudas carabelas
jamás han de borrar; por su traza
vendrán para buscar nuevos caminos
otros bravos marinos
de nuestra Religión y nuestra Raza... (3).*

Mucho más sugestivas se presentan dos breves composiciones intimistas. La primera impregnada de una «imagen de Andalucía, que refleja el agua y el sol, la cal y el azahar, la calma de la siesta, la copla lejana en el viento». Está fechada en 1930.

RESUMEN

Varios puntos de vista invitan a analizar la relación entre José Antonio Primo de Rivera y la poesía. En primer lugar, el fundador de Falange fue un discreto versificador, aunque no es posible encontrar una unidad en su obra lírica. No obstante, creó un estilo de comportamiento para sus *azules* que puede entenderse ciertamente poético. A lo largo de este artículo se registra también la explosión lírica acaecida a su desaparición.

PALABRAS CLAVE

José Antonio Primo de Rivera · Poesía · Falange · Estilo · Literatura de posguerra.

SUMMARY

An analysis of the relationship between José Antonio Primo de Rivera and poetry is useful under many points of view. First at all, *Falange's* founder was just a moderate versifier, although it is very difficult to find any kind of stylistic or thematic unity in his writings. However, he created a style of behaviour for his *azules* that can be understood as truly poetic. This article also explains the lyric burst that took place once he was killed.

KEY WORDS

José Antonio Primo de Rivera · Poetry · Falange · Style · Post-War Literature.

*Jardín de Paterna, el tiempo
se cayó en un pozo blanco
debajo del limonero.*

La segunda fue escrita unos cinco años antes. Más personal, constituye una morosa contemplación de la felicidad en comunión con la amada, por el momento palmariamente respondona hacia ese paraíso difícil, con ángeles que blanden flamígeras espadas en las jambas de las puertas, donde nunca, nunca, se descansa.

*Vivamos en el mundo.
Pero tengamos nuestro mundo aparte
en un rincón del alma.
Un mundo nuestro
donde tus horas y mis horas pasen
íntimamente, luminosamente,
sin que nos turbe nadie.*

Se han conservado, asimismo, dos curiosos sonetos nacidos de la pluma del fundador de Falange. De tono jocoso ambos, se suponen probablemente insuflados por la euforia —si es que esta pulsión alguna vez cupo en quien concedía más crédito a la cabeza que al corazón en la siempre expuesta y sacrificada, furtiva en ocasiones, vocación de amar— que concede una sobremesa al calor del vino y los buenos amigos. El primero se registró en junio de 1925 al dorso de la minuta de una casa de comidas madrileña. Costumbre ésta habitual en quienes vuelcan su talento en odres de urgencia, despreocupados hacia los que luego han de reconstruir los pedazos de una obra caleidoscópica.

*Hemos bebido el sol disuelto en vino
y sangre de claveles en gazpacho;
a un fauno viejo, vigoroso y macho
he tenido en la mesa por vecino.
Don Pedro es andaluz «sonoro y fino»,
y siempre que pronuncia un dicharacho
tiene risas alegres de muchacho
y experiencias de viejo libertino.
Al final el mantel se abrió en heridas
y cayeron las rosas encendidas
sobre la caries de la tabla vieja,
y entre el perfume escanciado de las rosas
escanciamos los besos de las diosas
en las copas de vino de Occidente.*

El otro soneto fue manuscrito en el libro del «Me-són del Segoviano» a finales de 1926. Parece transi-

tado, burla, burlando, por una musa gongorina, gulusmeante y satisfecha.

*Hoy ha comido el Nuncio en la Embajada.
¡Bien debió de cenar su señoría!
Pero yo por su cena no daría
la cena sin igual de esta posada.
¡Oh insigne sopa de ajo! ¡Oh ensalada!
¡Oh cordero que a jara trascendía!
¡Oh rubios bartolillos! ¡Oh judía
con trozos de chorizo decorada!
¡Oh glorioso yantar de hechuras viles!
¡Oh viña castellana y andaluza
de vinos bulliciosos y viriles!
¡Oh aceite venerable de la alcuza
que lo mismo alimenta los candiles
que alimenta al que come la merluza! (4).*

Lo cierto es que, con excepción de estas expansiones gastronómicas, no es posible rastrear en José Antonio una línea unificada en cuanto al acento lírico. La mayor parte de las composiciones nos descubren a un competente versificador. Un soneto con ecos de Rubén Darío (y con final recordatorio del famoso olmo machadiano hendido por el rayo) y fechado en 1923 refuerza esta aseveración en lo que al alejandrino hace:

*Arraigaste en mi espíritu segura y suavemente,
como en las tierras vírgenes arraigan los rosales.
Me llenaste del todo, como llena el ambiente
el perfume de un ánfora que se vierte a raudales.
En el templo callado de mi alma adolescente
sólo en tu altar ardían las ofrendas rituales,
y era mi amor un culto tan hondo y tan ferviente
que nunca osó siquiera brotar en madrigales.
Después fueron pasando los años y las cosas,
se marcharon los lirios y se ajaron las rosas,
y dejó cada invierno su rastro de dolor.
Pero el rosal de antaño que muerto parecía
está tan arraigado, tan hondo todavía
que entre sus ramas secas aún brota
[alguna flor (5)].*

En otras ocasiones (el texto siguiente se fecha en 1927), el influjo es quevediano (ineludible hollado sobre la marca de «Miré los muros de la patria mía») y destila regreso a los clásicos. Expresa, asimismo, un sentimiento melancólico, aparentemente injustificado todavía. Se trata de una poesía más formal que sentida, de imitación.

*Moribundo cantor, caduco y viejo,
del mundo tristemente me despi-do.
Muda la lira, roto y abatido,
ya del sepulcro hacia la paz me alejo.
Cuando miro mi rostro en el espejo
apenas rememoro lo que es ido:
manjar bastante seco y desabrido
para festín de los gusanos de-jo.
Sólo hay en mi recinto solitario
unos libros de preces, un rosario,
una cruz y una calva calavera.
Doblada en un rincón sin bizarria
me hace triste y amable compañia
mi capa, en otro tiempo aventurera (6).*

Lo coyuntural de esta actividad en José Antonio se revela en su breve estancia en la Prisión celular de Madrid, a raíz de haber sido detenido por suponerse implicado en la «sanjurjada» de 10 de agosto de 1932. Los detenidos ocupaban su tiempo en la composición de un semanario intermitente. La publicación se denominaba *La Voz de los Arios*; la colección apareció fotocopiada en el periódico *Ellas*, dirigido por José María Pemán. El autógrafo de «La Carcelera», sin firma, figuraba en su texto. En la composición se repiten las inefables alusiones gastronómicas:

*Las rejas de esta cárcel son como una parrilla
donde se asan mis horas melancólicamente;
es estrecha esta cárcel como es ancha Castilla;
la esperanza está lejos como el sol en Oriente.
Oh turrón de Jijona; oh yemas de Sevilla;
oh pavo con castañas, oh roscas de aguardiente,
oh manjares que alegran la Navidad sencilla,
¿os probará en la cárcel mi gula impenitente?
La conjetura horrible me tiene sobre un ascua,
pues si ya, por desdicha, nos hicieron la pascua,
mal será que nos la hagan en la Pascua de veras,
o que los Reyes Magos, montados en camellos,
se encuentren con que al África fuimos
en busca de ellos,
no en cunas infantiles, sino en sucias literas.*

El último texto lírico de José Antonio, aunque escueto, es probablemente el más valioso. Fechado el 12 de enero de 1933, constituye un isleño apunte de un vanguardismo nunca frecuentado por el autor. Figura entre unos guiones literarios bajo el título «Turrís marmórea» en la atolondrada compilación de presuntos inéditos acometida por su sobrino. Y reza como sigue:

*Fuente en el claustro de tu torre erguida
tiene la clave de una ley secreta
en órbitas de estrella aprendida:
sabes que al fin la elipse está sujeta
a retornar al punto de partida (7).*

No obstante, parece poco descabellado aventurar que, a causa de su pudoroso autor, nos han sido vedadas las mejores composiciones poéticas de quien, según su hagiógrafo, «vivió y murió con un solo altísimo amor en el alma» (8). Preso de un gran amor imposible, que tuvo gran influencia en su ya definitiva entrega a la tarea política, José Antonio Primo de Rivera redactó (así lo atestigua Serrano Suñer) bellas cartas de amor a su amada. Probablemente también alguna que otra poesía. O quizá no, puesto que a menudo, como afirmó de modo ambiguo Huysmans, las mejores mujeres son las que jamás se alcanzan, y casi siempre, para el común de los mortales, los mejores versos son los que no se escriben.

LA VIDA COMO ACTITUD POÉTICA.

Existe, en todo caso, otra manera de entender la relación de José Antonio con lo poético. Consiste en considerar su actitud intelectual y vital, su propia conducta, como quehacer poético en el sentido etimológico, creador, del término. Quien mejor ha acertado a definir esta relación es el fino pensador y, cómo no, excelente poeta Miguel Argaya Roca. Argaya habla de un «instinto de razón» en José Antonio, que determina la coherencia de un comportamiento que ha interiorizado un «universo permanente de valores». Ser falangista, por tanto, no significa exclusivamente una «manera de pensar», sino una «manera de ser», y esta última, que se identifica con la «poesía que promete», implica la sujeción al armonioso conjunto de los valores que se predicán. De ahí que el tan citado «estilo» se entienda, de acuerdo con Goethe, como «esa forma interna de una vida que, consciente o inconscientemente, se realiza en cada hecho y en cada palabra»; y que, en suma, la vida se instituya como «un compromiso radical, revolucionario, que ha de asumirse en modo 'poético', es decir: constructivo, a partir de la sujeción a valores y verdades permanentes» (9). A fin de cuentas, Eduardo Mallea estimaba que desear (a lo que podríamos añadir la voluntad puesta al servicio de ese deseo) se corresponde con la «decisión de ser de cierta manera».

Desde esa perspectiva se explica el hecho de que el despacho de José Antonio estuviera presidido por

el «I6», celeberrimo poema de Rudyard Kipling, traducido, por cierto, al alimón con José María de Areilza, tal y como este último ha dejado escrito (10). Esas estrofas aquilatadas de un estoicismo apretado y vigoroso resumen certeramente la lección de vida que cada mañana recordaba el joven abogado: mantener la serenidad cuando en rededor todos pierden la cabeza; comportarse sencillamente ante reyes y virtuosamente ante la masa; esperar sin desmayo; tratar al éxito y al fracaso como impostores, etc. Esa voluntad de autoexigencia se ha confundido con cierta frialdad de carácter en José Antonio, porque a menudo se descuida la certeza de que también resulta poético serenar el sentimiento, dignificar el amor dotándolo de inteligencia. Amar no significa simplemente experimentar, como sentía Werther, que hay veces en que uno se sepultaría con gusto una bala en la cabeza. «Una sola cosa temo —precisaba un eximio novelista argentino—, y es el amor sin inteligencia del corazón, porque ésta es la especie de amor que mata por proteger» (11).

El *Cara al Sol*, una de las creaciones poéticas de la corte lírica falangista, José Antonio Primo de Rivera incluido.



Sin duda, tras su gran fracaso amoroso, José Antonio Primo de Rivera hubo de contemplar rotas las cosas por las que había entregado la vida. Entre otras, no volver a descubrir que, como dejó escrito Poliziano, «el aire todo en torno se hace claro / donde ella pone su mirada amable». Pero lejos de recogerse en la propia melancolía trató a su manera de reconstruirlas, aun cuando para rehacerlas hubiera de echar mano de instrumentos anticuados. Paradójicamente, fue la suya una actitud de sacrificio, comprometida, alejada de la practicada por uno de sus poetas predi-

lectos: Garcilaso de la Vega. Mimado por la corte y apreciado por el Emperador, el trovador de la manera de decir doliente, mortificante y suave, de seguro renunció al mundo. Para ello puso el corazón en lo imposible para que al vivir, aún en lo más concreto, éste se le fuera poco a poco deshaciendo. Nada más alejado del estilo de José Antonio, que rehuye por igual el gesto (hacer de la vida una permanente baladronada) y aquel ejercicio de velada autoconmiseración.

Poéticas se pueden considerar, en suma, tanto su vida como su muerte. La lacónica dignidad que José Antonio muestra ante el piquete de ejecución, ajena a una jactancia romántica de la que nunca había hecho gala, concuerda milimétricamente con su rigurosa aceptación de que la vida no es una bengala que se quema en el «Final de fiesta» al que se refiere la poetisa uruguaya Ida Vitale: «Al final se nos dirá: éste es el día / los frutos de la tierra se acabaron, / para mañana encontraréis sustancias / inútiles y pan equivocado, / copas vacías, donde el viento empieza / a arrepentirse de lo que ha pasado, / una insufrible desazón del ocio, / y una menguante nube de palabras / ajenas y lloviendo en nuestro polvo».

FUSILADO A VERSOS.

Caído bajo el fuego de los fusiles frentepopulistas, José Antonio se convirtió en El Ausente. Enfrentado ya al más hondo misterio, el joven político fue literalmente fusilado a versos en la zona nacional (12). Las buenas (y las no tan buenas) plumas de esa España se entregaron a un inmenso holocausto lírico en honor de quien, en palabras de su camarada y amigo Raimundo Fernández-Cuesta, cual nuevo Garcilaso hizo poesía y cayó, «sin casco ni coraza, a cara descubierta, al asaltar el castillo de sus ilusiones» (13). José María Alfaro negaba que lugar ninguno habitase el olvido del fundador; Álvaro Cunqueiro aludía a las «naves mozas» armadas por su canto; Gerardo Diego al «grito de la boca en flor rasgado»; Manuel Machado al «ánima fuerte»; Eugenio Montes al vuelo levantado «del charco de estrellas». Eugenio d'Ors, por su parte, se enmarañaba en sus recurrentes episodios de barroquismo bíblico, mientras Leopoldo Panero, Luis Rosales o Adriano del Valle unían su verso antorchado al sobrecogedor cortejo lírico. Y, sobre todo, el gran poeta neoclásico Dionisio Ridruejo, que ante el féretro de José Antonio había conjurado la maldición de siglos para la memoria de quienes no supie-

ran defender su fresca esperanza, rendía tributo a la empresa personal redentora que había prestado raíz a la espiga y a la estrella.

Parafraseando al gran poeta Juan Panero, muerto poco después que José Antonio en plena contienda cainita (y hoy lamentablemente olvidado), se oyeron sonar entonces los pasos de hombres tristes que llevaban el corazón con peso (14). La selección que sigue así lo atestigua (15). Comencemos por un soneto de acordes imperiales.

*César forjado en horas de batalla,
dejando a un lado glorias de apellido,
su nombre troquelar ha conseguido,
en el bronce imperial de una medalla...
José Antonio es el nombre. La canalla
que oprime a España no le da al olvido;
¡José Antonio la piel la ha fundido,
y aún vengador el látigo restalla!
Apóstol, Capitán, rector de gentes,
sus años juveniles e impacientes
hacen que el pueblo al escucharle vibre
de santa indignación. Y en la hotra indigna,
su lema de una 'España, Grande y Libre'
suenan con voz de juvenil consigna.*

Brañosera (16).

«Brañosera» era el nombre con el que firmaba sus piezas en prensa a lo largo de la guerra civil José del Río Sainz (1884-1964). De origen montañés y amigo de su paisano Gerardo Diego, Del Río se escudaba en el pseudónimo para evitar represalias sobre sus familiares más próximos, a quienes les había sorprendido el estallido del conflicto en zona frentepopulista. El soneto reproducido se publicó en abril de 1937, apenas una semana antes de la Unificación decretada por Franco. Incide fundamentalmente en el carácter cesáreo de la personalidad de José Antonio Primo de Rivera. El tono aún laicista (muy propio de los poetas del Siglo de Oro como Garcilaso o Gutierre de Cetina) sólo lo desmiente una leve alusión («apóstol»), que anticipa el inmediato culto pseudorreligioso, paganizante en algunos casos, que se tributará a la figura de «El Ausente».

JOSÉ ANTONIO

*Camarada: cuando reces
no olvides nunca en tus rezos
al Símbolo que fue Profeta*

*al Creador, que fue Maestro.
Al Creador que lo creó,
por si lo tiene en el Cielo
pídele que nos alumbré
con la luz de su lucero.*

*Si descansas, ten presente
sus consignas y sus credos;
si trabajas y fatigas,
Él hizo más; su recuerdo
mantendrá firme tu fe
para darte mil alientos;
que te sirva como antes,
mirándote en Él, de ejemplo;
si volviera, porque vuelve.
-¡qué dicha verle contento!-
Si no vuelve, porque Él
te está juzgando en el Cielo.*

*Tú le quieres, camarada,
si eres camarada viejo
y tú también le querrás
aunque camarada nuevo.*

*Búscales en tu corazón
cuando te falte el aliento;
mírate, si vacilaras,
en tu santo sufrimiento;
si triunfas y subes alto
mírale humilde y discreto;
si dudarás, por peligros,
acuérdate que fue preso
y ¡quién sabe!, si por hombre,
en vez de preso, está muerto;
no quieras ser nunca malo,
que JOSÉ ANTONIO fue bueno;
antes que España te llame
preséntate tú primero...*

*Camarada, cuando reces,
no le olvides en tus rezos,
y cuando reces, medita
la verdad de tu maestro.*

J. Gómez Málaga (17).

El romance anterior, publicado en 1937, se inscribe en pleno período de culto a «El Ausente». Antes que por sus cualidades literarias, nos interesa porque asume en grado superlativo las claves de una mitificación de José Antonio algo más que rayana en lo

sacrilego. Más allá del sincero sebastianismo —propiciado por los jefes falangistas, que conocían la muerte del fundador—, se constata una elevación al carácter mesiánico de Primo de Rivera, circunstancia nada infrecuente por aquellos días de zozobra (18). La composición de J. Gómez Málaga penetra en el terreno de lo sacrilego desde sus primeros compases («Símbolo que fue Profeta», «Creador, que fue Maestro»). Expresivo de un culto personalista propio del fascismo, el poema recae en un paganismo trufado de lenguaje sacro. Coexisten, por tanto, una leve y efímera alusión a Dios («Creador que lo creó») con referencias constantes a José Antonio como «Él». El líder falangista trasciende la categoría de santo para convertirse en «Maestro», modelo susceptible de imitación ya no en lo político, sino en lo moral («no quieras ser nunca malo / que José Antonio fue bueno»).

MENSAJE A JOSÉ ANTONIO

José Antonio Primo de Rivera fue, con diferencia, el líder político más mitificado de la zona de Franco.

*¿Dónde te fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

*Todas las noches rezando
con los rosarios del sueño,
les pregunto a las estrellas
si estás vivo o si estás muerto.*

*Cuando sufrías la ira
de tu dolor prisionero
y en la noche de la Guerra
nos acariciaba el fuego.
Y marchaban tus legiones
hacia horizontes eternos.
Y atravesaban cantando
mares de plomo y acero.
Y las mujeres lloraban
-espanto en los ojos negros-
¿quién profanó tu camisa
sobre el bronce de tu pecho?*

*¿Dónde fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

*¿Por qué no acaba tu ausencia?
¿Quién encadenó tus nervios?
¿Cuántas veces te han herido
en el corazón abierto?
¿En qué catacumbas frías
encadenaron tu cuerpo?*

*¿En qué rincón nos esperas
de Luz y Laurel cubierto?
¿Dónde fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

*Y si tu alma de Profeta
montó ya guardia en el cielo,
imposible el ademán...
desciende de tu lucero.
Como un Arcángel azul
baja a la Tierra un momento
para decir, José Antonio,
si estás vivo o si estás muerto.
España te está esperando
con tus banderas al viento.
Y pregunta a las estrellas
con los rosarios del sueño:
¿Dónde fuiste, José Antonio,
que te busco y no te encuentro?*

Federico de Urrutia (19).



Quizás sea el anterior el poema más conocido de los relacionados con el culto a «El Ausente». Todo el «Mensaje a José Antonio» rezuma la divinización del personaje, con alusiones a su «alma de Profeta» o a su identificación como «Arcángel azul». No parece, sin embargo, que tenga carácter polisémico el estribillo («¿Dónde fuiste,

José Antonio, / que te fuiste y no te encuentro?»), esto es, que recabe la doble referencia a la ausencia física en zona nacional del fundador de Falange y al incumplimiento de su ideario en dicha zona. El poema apareció en la revista *Fotos* en enero de 1938, es decir, apenas unos meses después de la Unificación, pero la obra posterior del grandilocuente y trasnochado Urrutia parece desmentir la interpretación.

*Lejos ya del lugar en que se abriera
la tierra para consumir tu vida,
lejos ya de la muerte sorprendida,
de sus ojos abiertos en ribera
desolada de llantos, la quimera
de tus sueños por ti ya conseguida,
renacerá tu sangre sin medida
en los rosales de otra Primavera.
Erguidos yugo y flechas por tu gracia,
vuelta nuestra bandera al mástil fuerte
y perpetuo el dolor en nuestra historia,
descubierta la recia aristocracia
de tu verbo, tus rosas y tu muerte,
tu alma campea en nuestra azul memoria.*

Jesús Revuelta (20).

Aunque no tenemos datado el soneto anterior, podemos suponerlo posterior al 1 de octubre de 1938, fecha en que el Consejo de Ministros del general Franco hizo pública, de forma oficial, la muerte de José Antonio Primo de Rivera. Jesús Revuelta, en este caso, incide en menor medida en los elementos procedentes del lenguaje religioso («gracia», «verbo») para volcarse en la constante paráfrasis de los elementos del «Cara al Sol» («primavera», «yugo y flechas», «bandera», «rosas»).

En general, ha de observarse que la floración de versos surgida a raíz de la incertidumbre inicial y posterior constatación del fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera fue, en la mayoría de los casos, una reacción espontánea. Por tanto, coexistieron composiciones de alta calidad literaria, las menos, con otras, las más, que hoy resultan interesantes sólo en tanto que significativas de la alucinada atmósfera socio-cultural del momento. De hecho, como ha descrito Dionisio Ridruejo, se produce en el llamado «grupo del 36» un desilusionado repliegue al intimismo, tanto en la temática como en las formas expresivas, inmediatamente posterior al «momentáneo fervor nacionalista» que se liga al cultivo obsequioso de la temá-

tica joseantoniana. «En todo caso, hay que consignar también —admite el poeta soriano— que la entrega de los poetas del sector nacionalista al entusiasmo ideológico o a la militancia es de menor volumen y profundidad que en el sector opuesto. Son poetas menores y circunstanciales que principalmente escriben poesías de guerra o de directo compromiso». Asumiendo un papel parecido al del barbero del *Quijote*, que salva escasos libros de caballerías de la quema, Ridruejo rescata de la citada morralla lírica algunas composiciones de Foxá, un cancionero «apócrifo» de Rosales, el fallido poema épico de Pemán, *La bestia y el ángel*, y la *Corona de Sonetos en honor de José Antonio* (21).

LA CORONA DE SONETOS.

Sin duda, las mejores plumas —«azules», precisamos— de la España nacional, con independencia de lo forzado o no del envite, colaboraron a hacer de la citada *Corona* un homenaje a la altura del inspirador con mayor atractivo de la España resultante de la Guerra Civil española (22). Si bien no abría el libro-homenaje, hemos de citar primeramente el soneto de Dionisio Ridruejo, merced a su autenticidad y valor literario.

EN LAS HONRAS A JOSÉ ANTONIO

*El rastro de la Patria, fugitivo
en el aire sin sales ni aventura,
fue arrebatado, en fuego, por la altura
de su ágil corazón, libre y cautivo.
De la costra del polvo primitivo
alza la vena de la sangre pura
trenzando con el verbo su atadura
de historia y esperanza, en pulso vivo.
Enamoró la luz de las espadas,
armó las almas, sin albergue, frías,
volvió sed a las aguas olvidadas.
Dio raíz a la espiga y a la estrella.
Y, por salvar la tierra con sus días,
murió rindiendo su hermosura en ella.*

Dionisio Ridruejo (23).

Natural de Burgo de Osma (Soria), Dionisio Ridruejo (1912-1975) reúne a la perfección las contradicciones —y, sobre todo, la coherencia— de quienes siguieron fervorosamente a José Antonio, colaboraron, efímera pero apasionadamente, con Franco y finalmente se desilusionaron con un Régimen que acabaron por estimar abdicante respecto a sus prístinos ideales falan-

gistas. Considerado uno de los poetas neoclásicos de mayor entidad, «su primer libro —*Plural* (1935)— manifiesta todavía la vinculación a la verbena metafórica de la generación de 1925» (24). Jovencísimo responsable de la propaganda del Régimen, publicó en 1939 *Primer libro de amor* y un año después fundaba y dirigía la revista *Escorial*, probablemente la primera tentativa rigurosa para la integración de la intelectualidad de los derrotados de la otra España. Precisamente en el primer número de la publicación reivindicaba Ridruejo la figura poética del literato republicano Antonio Machado (25). Marchó a la División Azul, buscando «siempre la misma esperanza, / bajo distinta promesa». Con tal motivo, Antonio Marichalar destacó que «sobre la tierra helada, que ha replegado el horizonte en acecho, el poeta ha encajado en sus versos el rocío que recibe en las haldas de su capote» (26). A su regreso, convertido en una ruina física, se reencontró, para su desgracia, con una España aún chata, zarzuelera y faldicorta y, desarmadas sus ansias revolucionarias, rompió progresivamente con el Régimen desde el otoño de 1942 (27).

El soneto «En las honras a José Antonio» probablemente sea uno de los de mayor empaque artístico de la *Corona*. Establece una clarísima critogonía. Si en un principio parece equiparar la figura de José Antonio con la del profeta Elías («arreatado, en fuego...»), pronto transita hacia territorios genesíacos («polvo», «verbo») para concluir finalmente con una identificación mesiánica con Jesucristo («por salvar la tierra con sus días»).

EN EL RECUERDO DE JOSÉ ANTONIO

*Como un viento de sangre levantado
entre los gritos que la muerte ordena;
como la pauta que el ardor serena
entre la furia del vivir forzado.*
*Como un bosque de luz y arco alzado
en los umbrales que la vida estrena,
fuiste, doncel de España, con tu pena,
redentor, arquitecto y monte airado.*
*Viste, al partir, más alta la bandera;
te doblaste en la luz de tu presencia;
no hay ángel que no sepa tu latido.*
*Fértil hiciste eterna primavera
y entre el rumor que clama con tu ausencia
no habrá lugar donde habite tu olvido.*

José María Alfaro (28).

José María Alfaro Polanco (1906-1994) no sólo perteneció a la cohorte de líricos azules de que se rodeaba José Antonio Primo de Rivera, sino que era el preferido por el primer jefe nacional de Falange. Participó con Foxá, Ridruejo, Mourlane Michelena, Miquelarena, el marqués de Bolarque y el propio José Antonio en el parto nocturno del «Cara al sol». Según parece, el por entonces algo abúlico Alfaro forjó dos de los versos más afortunados: «volverá a reír la primavera» y el relativo a que «en España empieza a amanecer» (29). Cultivó, asimismo, la prosa. Su novela *Leoncio Pancorbo* (1942) se inscribe en la línea de la obra *Madrid de corte a checa*, de Agustín de Foxá, o *Javier Mariño*, de Gonzalo Torrente Ballester. Desarrolló más tarde una dilatada carrera diplomática (recaló, por ejemplo, como embajador en la Argentina) y llegó a dirigir la Agencia Efe en la etapa inmediatamente previa al desembarco de Luis María Anson.

El soneto que antecede resulta sobremanera sugestivo, no especialmente por la —bien que ligera— repetición de la liturgia habitual («redentor», «ángel que no sepa tu latido»), sino los escasamente solapados ecos líricos de poetas proscritos en la España de Franco. Sin ningún lugar a equívoco, el primer verso («Como un viento de sangre levantado») remite a la poesía comprometida y entrañada en el alma popular de Miguel Hernández. En concreto, existe gran correlación con el poema tercero de *Viento del pueblo* (1936), obra militante del pastor de Orihuela muerto en la cárcel en 1942 (30). La hipótesis que vamos a apuntar merece una más reposada meditación futura, pero, en cualquier caso, se puede aventurar que la influencia de Hernández puede haberle llegado a Alfaro a través del también poeta José Herrera PETERE (1910-1977), compañero de Alberti y del de Orihuela. Hijo de un famoso general republicano, Herrera inició su carrera de escritor en *La Gaceta Literaria* de Ernesto Giménez Caballero en 1930, donde bien pudo coincidir con Alfaro. Durante los años republicanos llegará a fundar con este último la revista *Extremos a que ha llegado la poesía española*. Sin embargo, la guerra separará definitivamente a ambos. Herrera, hoy un gran olvidado de las letras, publicará poemas en *Milicia Popular*, periódico del 5.º Regimiento, y en *Hora de España*. Ganará, asimismo, en 1938 el Premio Nacional de Literatura con su novela *Acero de Madrid*. Al finalizar la guerra se exiliará en México y Suiza, país éste en

el que muere (31). El último terceto del soneto tiene, por otro lado, reminiscencias de Luis Cernuda (1902-1963), eximio poeta del 27 y también perteneciente a la penosa nómina del exilio (32).

SONETO A JOSÉ ANTONIO

*Si por murallas, pasión nunca sabida,
voces proclaman tu carne como escena,
¿qué boca sin sed, de tierra llena,
responde a nuestro amor y enorme vida?
¿Escucharás siquiera la florida
rama de encina, por siglos tan serena,
o el vidrio que derrama en dura pena
peña sufriendo nós sin medida?
Muerte cegó tus ojos y usó el frío
hierro en tus pies, cadenas destinadas
a privarte del aire y del rocío.
José Antonio, señor, yacen desesperadas,
olvido del invierno y del estío,
las naves mozas por tu canto armadas.*

Álvaro Cunqueiro (33).

Uno de los más grandes escritores gallegos contemporáneos, Álvaro Cunqueiro (Mondoñedo, 1911-Vigo, 1981) ejerció el periodismo, especialmente en *ABC* y *El Faro de Vigo*; diario que llegó a dirigir. No obstante, destacó, sobre todo, por efectuar en la poesía en lengua vernácula un retorno a la lírica de los cancioneros medievales: *Mar a o norde* (1932), *Poemas de si e non* (1933), *Cantiga nova que se chama riveira* (1934) o *Dona de corpo delgado* (1950) (34). Relacionado en los años republicanos con el Partido Galeguista, pronto se sumó a la causa de los alzados contra el Frente Popular. El extremo anterior —muy matizable— explica su aproximación poética a José Antonio Primo de Rivera, seguramente porque éste constituía, con independencia de su concreto ideario, la figura «nacional» más susceptible de esa evocación medievalizante, misteriosa y fantasiosa a la que acostumbraba el literato. Según César Antonio Molina, «como narrador, Álvaro Cunqueiro fue bilingüe y en el periodismo utilizó con mayor frecuencia el castellano; pero en la poesía y el teatro, el gallego era algo profundo y consustancial. Sin embargo, en la inmediata posguerra publicó su único poemario en castellano, *Elegías y canciones* [prologado por Eugenio Montes], y algo tan efímero como poemas sueltos en alabanza de los nacionales y uno de

los famosos sonetos incluidos en *Corona de sonetos a José Antonio* (1939)» (35).

SONETO A JOSÉ ANTONIO

*Ese muro de cal, lívido espejo
en que araña su luz la madrugada,
de infame gloria y muerte blasonada
coagula y alucina alba y reflejo.
Para siempre jamás. La suerte está echada.
El grito de la boca en flor rasgada
-en el cielo, un relámpago de espada-
y, opaco, en tierra el tumbo. Después, nada.
Y ahora es el reino de las alas. Huele
a raíces y a flores. Y el decirme,
decirte con tu sangre lo que sellas.
Por ti, porque en el aire el neblí vuela,
España, España, España está en pie, firme,
arma al brazo y en lo alto las estrellas.*

Gerardo Diego (36).

Gerardo Diego es uno de los poetas que se adhieren con menos titubeos a las vanguardias y, en concreto, al creacionismo de Huidobro. En *Manual de espumas* (1924) intenta realizar una trasposición del cubismo a la literatura (37). Pero Diego es también uno de los principales promotores del homenaje a Góngora en 1927 y uno de los abanderados del retorno a la métrica clásica [fundador revista *Carmen*, con suplemento o «hermana menor» *Lola*]. Dámaso Alonso señala la pervivencia de una unidad temática a lo largo de esas aparentemente convulsas variaciones de lenguaje. Otro de los hilos de continuidad será la honda preocupación religiosa del autor.

El soneto de la *Corona* expresa por tanto, en la elección de la forma, una tendencia ya consolidada en el autor muchos años atrás. En él son evidentes imágenes y recursos propios de la etapa más vanguardista del autor, así como ecos de otros poetas de su generación y, en concreto, de Lorca. Continuidad, por tanto, en la forma y en una temática, la muerte, que aparece ya en las elegías de aquella etapa presuntamente deshumanizada.

La primera estrofa propone la blancura de la cal (símbolo de la muerte, recuérdese *La monja gitana* de Lorca) como *espejo* o reflejo de luz, de nueva vida. Esta imagen contradictoria aparece reforzada por la repetición de *alba* y *reflejo*, y la contraposición

de infame y muerte a gloria y blasonada. Alucina está relacionada también semánticamente con espejo y reflejo, por un lado (el espejo es una luna) y con el sueño que es la muerte. En todo este primer cuarteto predomina una aliteración en *l*, que acentúa ese aura de ensoñación.

En el segundo cuarteto el sonido reiterado es la *r*. Son patentes las referencias a «Alma ausente», del *Llanto por la muerte de Ignacio Sánchez Mejías*, sobre todo en la referencia a la inexorabilidad de la muerte: «para siempre jamás» es un eco del «porque te has muerto para siempre» lorquiano. A una serie de imágenes dramáticas (grito, flor rasgada, relámpago de espada) sucede el vacío, la desolación: *opaco, nada*. El tono contrasta con el blancor de los primeros versos y con el terceto siguiente.

La *nada* con que termina la segunda estrofa enlaza casi sin solución de continuidad con las *alas* que encabezan la tercera. Predomina el elemento aéreo, incluso cuando se refiere a la tierra donde yace el muerto (frente a la opacidad terrosa de la estrofa anterior, el olor «a raíces y a flores») La aliteración en *l* hace de nuevo referencia al aire. La contraposición tierra/aire expresa el predominio de lo «olfativo» (o lo que es lo mismo, del «aliento», del elemento espiritual) sobre la materia. Son los elementos vivos de la tierra los que cobran protagonismo: las raíces, las flores (ya no «rasgadas», sino perfumadas). Y un nuevo eco lorquiano: Al «no te conoce nadie. No. Pero yo te canto», responde Gerardo Diego con «Y el decirme, decirte con tu sangre lo que sellas». La sangre también se espiritualiza al convertirse en palabra del poeta, que es quien expresa el misterio de lo que «sella» el muerto (o de lo que permanece oculto bajo la muerte). El tema de la muerte personal e individual queda así trascendido a un tema universal.

El último terceto quizá sea el más tópico, sobre todo en el último verso, con repetición de imágenes del imaginario falangista. Asume una insólita forma de «brindis» en cuyo primer verso reaparece la imagen «aérea», por una alusión directa al aire y por la invocación al neblí, ave rapaz símbolo a un tiempo de nobleza, libertad y, en este caso, futuro. El poema se cierra con una alusión a la luz de las estrellas, que enlaza con el alba inicial. El amanecer como símbolo de resurrección personal para José Antonio (el muerto) y España (la patria).

SONETO A LA MANERA DE QUEVEDO

EN HONOR Y MEMORIA

DE JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

*Siento haber de dejar deshabitado
cuerpo que amante espíritu ha ceñido.*

QUEVEDO

*La gravedad profunda de la muerte
era, para tu sangre, vencimiento,
para tu juventud, desasimiento
de hacer arquitectura el polvo inerte.
Vino luego el dolor de recogerte
en tierra que cumplió tu mandamiento.
¡Tu voz, que dio contorno al sentimiento,
se dobla ante el mandato de la suerte!
Pero España clamó, desarbolada,
por convertir en fuerza su impotencia
y unir el pensamiento con la espada.
Y por hacer más corto su camino,
cambiaste por la gloria la existencia
y Dios elevó a norma tu destino.*

Pedro Laín Entralgo (38).

Pedro Laín Entralgo, falangista de segunda hora y fundador, con Ridruejo, de la revista *Escorial* (39), dirige por esas fechas la Editora Nacional, sucesora de Jeraquía, donde se publica la *Corona de sonetos*. El que Laín dedica a José Antonio es, como indica su título, de clara inspiración quevediana, sobre todo en los dos cuartetos, donde encontramos un desarrollo del tema de la muerte paralelo al del escritor barroco, patente, por ejemplo, en la imagen del «polvo inerte». Las imágenes relacionadas con la muerte se declinan sin embargo en clave de «vencimiento», de manera que la aniquilación física se presenta, en realidad, como una lucha con la materia inerte, (que sería, paradójicamente, la sangre viva, la juventud), en «cumplimiento» del mandato del destino. De esta forma, José Antonio (y con él, España) hace «arquitectura» de esa materia, pasa de un plano de existencia inferior a otro superior, el de la gloria y el pensamiento. Laín expresa la idea de destino como «forma interior» o norma de forma escueta, casi arcana y, por tanto, fácilmente asimilable al tópico, aunque el sentido profundo de sus palabras sea mucho más difícil de penetrar para un lector profano en filosofías. En cierto sentido, son versos algo unamunianos, de imágenes oscuras y palabras contundentes, con un indudable aire trágico.

ORACIÓN A JOSÉ ANTONIO

En noviembre de 1936

José Antonio, ¡Maestro!... ¿En qué lucero,
en qué sol, en qué estrella peregrina
montas la guardia? Cuando a la divina
bóveda miro, tu respuestas espero.

Toda belleza fue tu vida clara.

Sublime entendimiento, ánimo fuerte,
y en pleno ardor triunfal tamprana muerte
porque la juventud no te faltara.

Háblanos tú... De tu perfecta gloria
hoy nos enturbia la lección el llanto;
mas ya el sagrado nimbo te acompaña
y en la portada de su nueva historia
la Patria inscribe ya tu nombre santo...

¡José Antonio! ¡Presente! ¡Arriba España!

Manuel Machado (40).



Manuel Machado (1874-1947) puede decirse que fue padrino de bautismo literario de José Antonio, en el sentido de que fue en un homenaje a los Machado donde realizó su primera aparición pública. Uno de

los principales representantes del modernismo español, Manuel Machado, el más dandy de los dos hermanos, apoya el alzamiento del 18 de julio, demostrando con el ejemplo la identificación de los jóvenes falangistas intelectuales con su generación. En plena marea clasicista, el poeta toma como modelo a Fray Luis de León y a Garcilaso, encandilado con la bóveda celeste, que más recuerda a la divina Elisa que al himno de la Falange, aunque la alusión sea obvia. El tema de «Helios», divinidad solar tan cara a los modernistas, es recogido aquí a partir del segundo cuarteto, desde la claridad de vida del homenajeado, hasta el «sagrado nimbo» que le acompaña tras la muerte. No sólo gloria, pues: si el héroe clásico era divinizado tras su muerte, el nombre de José Antonio va a ser «santo». Las interrogaciones, la forma dialogada, a veces interrumpida, son también típicas de otro gran poeta sevillano, Bécquer, si bien el tono enfático y «triumfal» sea característico de algunos poemas de Rubén.

SONETO A JOSÉ ANTONIO

Antes fueron tres siglos de descielo
desterrados del mayo de lo Eterno,
y el alma, deshojada en el invierno
de España, vagabunda por su hielo.
Corazón de trasmundo sin latido,
roto el reloj de torre de la Historia;
ni párpado de luz, ay, ni memoria
en las grutas oscuras del olvido.
Pero viniste tú, en la frente el nido
de Primavera, y levantaron vuelo
del charco estrellas y águilas del lodo.
Y, émula de tu amor y tu sentido,
la muerte vino a darle prisa al cielo,
pues es la humana vida corta y todo.

Eugenio Montes (41).

Eugenio Montes (Orense, 1900-1982) se doctoró en Filosofía y Letras con Ortega, que le invitó a colaborar en la *Revista de Occidente*. Adscrito en sus primeros tiempos al ultraísmo, fue redactor de *El Sol*, *El Debate*, *ABC* y *Acción Española*. Amigo personal de José Antonio, fue corresponsal en Italia y Alemania. Desde Berlín fue el primero en anunciar la derrota del Eje. Académico de la Lengua (1940) y de Bellas Artes (1982), sus principales obras literarias son *Versos a tres cas ó neto* (1921), *El viajero y su sombra* (1940), *Melodía italiana* (1944) y *La estrella y la estela* (1957). El soneto que dedica a José Antonio es uno de los más creativos desde

Los ángeles de la ilustración, como los del paraíso falangista, nunca descansan.

el punto de vista del lenguaje («descielo», «trasmundo») y de las imágenes («el reloj de torre de la Historia», «párpado de luz»). El primer cuarteto transmite, mediante la reiteración de palabras del mismo campo semántico (incluso con el mismo prefijo) la idea de «destierro» existencial aplicada a España. En la última línea esa reflexión de índole existencialista, muy típica del momento, adquiere dimensión personal concreta, cerrando el círculo. El poema presenta una situación arquetípica: un mundo (España) cerrado, inerte, oscuro, sin memoria (y, por tanto, sin conciencia). Un «trasmundo», separado y opuesto al cielo. Un mundo subterráneo, infernal («grutas oscuras»), de muerte («del olvido»). En este mundo se presenta el héroe, que consigue instilar el principio espiritual en esa materia subterránea. Asistimos a un acto creador: del charco primigenio surgen estrellas, «y águilas del lodo». Esa separación de materia inerte y cautiva y del principio espiritual acaba consumándose, lógicamente, con la muerte. Éste es precisamente el sentido de la muerte del héroe: liberar las energías encerradas o detenidas, haciendo así posible la continuación del proceso cosmogónico.

JOSÉ ANTONIO LUCHA CON SU ÁNGEL

24. «Y quedóse solo Jacob y luchó con él un
Varón, hasta que rayaba el alba»
25. «Y él dijo: No será tu nombre Jacob, sino
Israel; porque has peleado con Dios y con los
hombres y has vencido».

GÉNESIS, XXXII

He aquí a Jacob, en soledades ásperas,
Que, lejos de las tiendas de sus nómadas,
Nocturnamente pugna con un Ángel
Miembros promiscuos y fundidos hálitos.
Este, así, mozo frágil y este dolmen,
Por tres vegadas milenario sílice,
Ara en que tres culturas desangraronse,
Triabados veo, como nupciales púgiles.
Amor, amor, cruenta antropofagia,
Amor, que tanto como escupas, bebes.
-«¡Tè quiero, ruge, porque no me gustas!»
A la aurora, ya el Ángel derribado,
Cedía al vencedor en su propio nombre
Y José Antonio se llamaba España.

Eugenio d'Ors (42).

Eugenio d'Ors (Barcelona, 1881-Vilanova i Geltrú, 1954), formula con el *Noucentisme* un proyecto de modernización de la sociedad catalana a través de la educación del individuo. La integración del proyecto estético con el político explica quizá la sintonía que se produciría, años después, con la Falange. En 1937 se traslada de París a Pamplona; comenzará entonces a escribir en *Arriba* y a colaborar con las nuevas instituciones culturales, como el Instituto de España. Su extraño soneto, con un forzado ritmo de esdrújulos que subraya la tensión interna, se basa en un tema bíblico frecuente en los años inmediatos. Lo encontramos, en primer lugar, en Dámaso Alonso (*Hijos de la ira*, 1944), pero también en José Luis Hidalgo (*Los muertos*, 1946) y Vicente Gaos (*Arcángel de mi noche*, 1939), aunque se encuentre también en Unamuno e incluso en Alberti (*Sobre los ángeles*) (43). Se trata de una lucha, de carácter existencial, entre la luz (el ángel) y la naturaleza caída del hombre, que se resiste a ser vencido o devorado («cruenta antropofagia») por el amor divino. Al final, la anhelada y temida fusión se produce. En el poema, el combate amoroso se traba entre José Antonio (el Ángel) y España (de nuevo, materia inerte: dolmen, sílice). El combate termina, otra vez, con el vencimiento del héroe, que cede sin embargo su naturaleza superior al vencedor. También podría leerse, a la luz de la trágica tensión entre la vocación política e intelectual de José Antonio, como una imagen de la lucha que mantuvo consigo mismo.

SONETO A JOSÉ ANTONIO

Soledad absoluta y oro fino
del aire de Noviembre en la alborada,
y el don de la verdad en la mirada
con el vasto milagro del camino.
Ya velas en el cielo cristalino
de España, y en la noche desvelada,
ardiente de jazmín, recién nevada
sobre la claridad de tu destino.
No ver, pero temblar. No ver la muerte
y sentir en la noche su eficacia
y el olor de la tierra de Castilla.
Hablar sin la palabra, ver sin verte,
y buscarte en la niebla de la gracia
hacia la luz remota de la orilla.

Leopoldo Panero (44).

Leopoldo Panero (1909-1962), uno de los representantes de la generación poética del 36, im-

pregna su soneto del sentimiento de la naturaleza que le es característico. El paisaje castellano, como en los clásicos, adquiere un profundo simbolismo místico. La noche y la soledad, como en San Juan de la Cruz, son metáforas del estado del alma, pero también circunstancias propicias para la revelación, para la unión espiritual. Sólo alusiones muy matizadas («ya velas en el cielo cristalino de España», o «claridad de tu destino») revelan que se puede tratar de un poema no estrictamente religioso, aunque la figura de José Antonio quede en realidad sacralizada, al ser necesaria «la gracia» para encontrarle. El aire auroral y nocturno, el empleo de la luz y de los olores evocan además el ambiente de la Semana Santa (con todo lo que significa). El sentimiento de desorientación en la niebla remite casi directamente al poema de Antonio Machado, en que el poeta, como un niño perdido, anda siempre «buscando a Dios entre la niebla». En la composición del poema debió de pesar el recuerdo de su hermano, el también poeta Juan Panero, muerto en 1936, a quien dedicó una conmovedora elegía.

SONETO A JOSÉ ANTONIO, QUE DESCUBRIÓ, EXPRESÓ Y DEFENDIÓ LA VERDAD DE ESPAÑA. MURIÓ POR ELLA.

*Tú amaste el ser de España misionera
frente al peligro y por la luz unida,
el ser de la evidencia enaltecida
del mar latino en la ribera entera;
tú la verdad de España duradera
de la esperanza y del dolor nacida,
verdad de salvación al tiempo asida,
verdad que hace el destino verdadera;
tú la unidad que salva del pecado,
la unidad que nos logra y nos descubre
en los ojos de Dios como alabanza;
¡ya no tienes la tierra que has salvado!,
la tierra te defiende y no te cubre
como el vivir defiende la esperanza.*

Luis Rosales (45).

Luis Rosales (1910-1992), que antes de publicar en *Escorial* colaboró en *Cruz y Raya*, emprendió con *Abril* (1935) una expresión poética despojada de imágenes y preocupada por la autenticidad. De ahí quizá que lo que más le atraiga de José Anto-

nio (hasta el punto de destacarlo en un largo título) sea la verdad. Palabra que se repite obsesivamente en el segundo cuarteto, y que se convierte en sinónimo de unidad y de luz. El primer cuarteto presenta una imagen más tópica (la «España misionera»), expresando un nacionalismo de corte tradicional. Esta idea de España se opone a la del «pecado»: imagen negativa de la «verdadera», salvada, de nuevo, por José Antonio. Esta tierra salvada, que «defiende y no cubre» a su salvador, podríamos decir que en realidad lo «devora» para seguir viviendo.

EPITAFIO A JOSÉ ANTONIO

*Cisne fue. Cisne esbelto que agoniza
y mueve estrellas conmoviendo el aire,
derrumbando las alas de los pájaros
y en la ceniza derrumbando el fuego.
Vivió, clamó y murió verticalmente,
cambiando con el plomo la sonrisa.
Y conmovida en lágrimas, la noche
al alba le encontró, muerto, a sus plantas.
Su sangre ya salpica las estrellas.
Su sangre enturbia el rumbo de los peces,
donde su cuerpo, fulminado, yace,
su fuente es acueducto de la Patria
con la cal destilada de sus huesos
fundadores de rosas y laureles.*

Adriano del Valle (46).

Adriano del Valle (1895-1957) fue uno de los redactores de la revista ultraísta *Grecia*, publicada primero en Sevilla (1918) y luego en Madrid (1920). Mantuvo correspondencia con Lorca, que le dedicó su poema «Arco iris». También le dedicó Borges, en *Grecia*, su «Himno del mar». Con sus compañeros de generación evolucionó de la vanguardia al clasicismo, como se refleja en el epitafio que dedica a José Antonio. La imagen empleada —el cisne— es polisémica. Muy usado entre los modernistas como emblema de belleza, pureza, inmortalidad y capacidad creadora (es el «olímpico pájaro» de Rubén Darío), tiene también este significado en el poema. La naturaleza del cisne se contrapone a la muerte, el fuego y la ceniza, así como su blancura a su sangre, que salpica el cosmos entero, vivificándolo. El cisne tiene aquí un valor sacrificial, confirmado por las plantas que ornaban las aras en la antigüedad: rosas y laureles. El



Como en los sonetos dedicados a José Antonio, tras el sacrificio, el héroe, vencedor de las pasiones terrenales, cabalga hacia la eternidad. Ilustración anónima (probablemente de Celedonio Perellón) para el libro de Luis del Río Sanz, *Rodrigo* (Madrid, 1959).

NOTAS

- (1) Este artículo se debe, en gran medida, a las generosas orientaciones y certeros comentarios de mi amiga y colega la profesora Milagrosa Romero Samper, si bien los errores u omisiones que se contengan corresponden únicamente a quien suscribe. Para la comprensión de este trabajo resulta muy recomendable la lectura previa del que la citada profesora firma en este monográfico.
- (2) Calvo Sotelo acostumbraba a versificar en su juventud, lo que contradice la opinión negativa de José Antonio. Me remito a la biografía del político tudense que elabora actualmente Alfonso Bullón de Mendoza.
- (3) F. XIMÉNEZ DE SANDOVAL, *José Antonio (biografía apasionada)*, Madrid, Fuerza Nueva, 8.ª edición, pp. 20-21.
- (4) *Ibid.*, pp. 56-58. El último verso del soneto «Hemos bebido el sol...» rezaba, en realidad, «en las copas de vino de Orbaneja», con lo que no se perdía la rima.
- (5) M. PRIMO DE RIVERA y URQUIJO, *Papeles póstumos de José Antonio*, Barcelona, Plaza & Janés, 1996, p. 60.
- (6) *Ibid.*, p. 72.
- (7) *Ibid.*, p. 104.
- (8) F. XIMÉNEZ DE SANDOVAL, *José Antonio (biografía apasionada)*, p. 63.
- (9) M. ARGAYA ROCA, *Entre lo espontáneo y lo difícil (Apuntes para una revisión de lo ético en José Antonio Primo de Rivera)*. Oviedo, Tarfe, 1996, pp. 21-29.
- (10) J.M. DE AREILZA, *Así los he visto*, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 158-160.
- (11) E. MALLEA, *Historia de una pasión argentina*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, p. 19. Queda pendiente la exploración de los conceptos de patriotismo en ambos autores, Primo de Rivera y Mallea, a quienes estimo muy coincidentes en algunos aspectos.

cisne, además, muere aquí «verticalmente», como decía José Antonio que estaban los ángeles en el paraíso. Su muerte es por tanto una ascensión. Una fuente deja atrás el cuerpo fulminado y la cal «destilada» es decir, purificada, de los huesos. ¿Qué importa, si su muerte da la vida?

CONCLUSIÓN.

Una experiencia vital tan rica como la de José Antonio Primo de Rivera aconsejaba rescatar analíticamente el conjunto de sus versos. Ahora bien, por encima de estas —generalmente modestas— escrituras, destaca en el fundador de Falange la creación de un estilo que, en tanto que riguroso, exigente y vertebrador de una línea coherente de conducta, puede estimarse poético en el más puro sentido de la palabra. Es bien cierto que la poderosa personalidad del joven abogado originó en la España de Franco un inmediato sentimiento de orfandad y desamparo ideológico a su desaparición; de ahí la explosión lírica coincidente con la creación del mito de «El Ausente», perpetuada al confirmarse su fusilamiento. No es menos cierto, sin embargo, que ha de entenderse el aspecto poético del ideario joseantoniano como base del espíritu conciliador y autocrítico de algunos *azules* tras la guerra. La revista *Escorial* o el reformismo del SEU desde los años cincuenta no son comprensibles sin aludir a este extremo. La poesía, a fin de cuentas, es promesa. Y Falange, incluidas las renunciaciones y acomodos de gran parte de sus valedores, fue, ante todo, un proyecto promisorio.

- (12) Á. DE DIEGO, «La mutificación de José Antonio Primo de Rivera: *El Ausente*», en A. BULLÓN DE MENDOZA y L.E. TOGORES (Coords.), *Revisión de la guerra civil española*, Madrid, Ed. Actas, 2002, pp. 469-484.
- (13) R. FERNÁNDEZ-CUESTA, *Intemperie, victoria y servicio*, Madrid, Prensa del Movimiento, 1951, p. 150.
- (14) Recomendando encarecidamente el rescate de este excepcional poeta. Ver, por ejemplo, J. PANERO, *Cantos de ofrecimiento*, Madrid, Héroe, 1936.
- (15) De entre los homenajes líricos a José Antonio Primo de Rivera deben citarse: Á. ANER, *Retorno de Iberia. Cinco glosas*, Montevideo, 1938; M. ARROITA JAUREGUI, *Elegía a José Antonio*, Poesía que Promete (Cuadernos del 50.º aniversario), Madrid, 1986; R. DUYOS GIORGETA, *Evocación de José Antonio*, Madrid, Delegación Nacional de Organizaciones-Departamento de Prensa y Publicaciones, 1964; C. ESPINA, *José Antonio de España*, Madrid/Barcelona, Eds. Huerto Cerrado, 1941; P. GAMO ORTEGA, *Coronas de laurel que para exornar las más excelsas sienes ha tejido devotamente el más insignificante de los vates españoles, Pedro Gamo Ortega a José Antonio, a España mi patria, al Caudillo, al Dios de las victorias*, s/l., Imp. Ltrg. Sucesores Omedes, 1939; M. HALCÓN, *José Antonio. Tres evocaciones*, s/l., s/ed., 1940; J. HERNÁNDEZ MANCHÓN, *Homenaje perpetuo. Romance a José Antonio*, Valencia, 1959; M.ª L. MARTÍN, *Trilogía a José Antonio*, s/l., s/f.; M. PARRA CELAYA, *José Antonio en la poesía*, Barcelona, Círculo Cultural Hispánico, 1973; D. RIDRUEJO, *Ofrenda a José Antonio*, Alicante. Sección Femenina de FET y de las JONS, 1946; E. SUÁREZ, *Recordación de José Antonio*, s/l. (Madrid), 1944; VV.AA., *Corona de sonetos en honor de José Antonio Primo de Rivera*, Barcelona, Jerarquía, 1939; y VV.AA., *Elegía de los campos y de los vientos en el cortejo de José Antonio*, Madrid, Eds. Haz, s/f. (1959).
- (16) *El Adelanto*, 7-IV-1937. Brañosera era el pseudónimo de José del Río Sainz.
- (17) J. GÓMEZ MÁLAGA, *Romances azules*, Ávila, 1937.
- (18) Como botón de muestra nos sirve la nota que la Jefatura Provincial de Falange en Salamanca mandó insertar en la prensa en marzo del mismo año: «[...] Ante tamañas prevaricaciones surgió la inextinguible figura del inmortal José Antonio Primo de Rivera, para con látigo de legítima justicia expulsar del Templo de la Patria a los mercaderes contemporáneos que tienen el corazón encerrado dentro de su caja de caudales». *Adelanto. Diario de Salamanca*, 12-III-1937.
- (19) E. DE URKUTIA, *Poemas de la Falange eterna*, Santander, 1938.
- (20) «Elegía de los campos y de los vientos en el cortejo de José Antonio», *Haz*, sin lugar de publicación ni fecha.
- (21) Ridruejo, si bien reconoce «la mayor reserva o desgana» de los rapsodas comprometidos con el bando nacional («talante nacionalista-restaurador, compatible en muchos de nosotros con una esperanza futurista renovadora»), afirma igualmente que no discute «la sinceridad y el ardor con que los poetas de la parte nacionalista se vincularon a las esperanzas de la guerra. anversos de sus horrores. [...] Los poetas valiosos de ese lado profesaban una estética personalista y no socialista. Y además —al contrario de lo que sucedía en la parte contraria— los que hubieran podido movilizarlos no creían en el valor militar de la literatura, y el *engagement* no era su dogma». D. RIDRUEJO, *Entre literatura y política*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, pp. 25-26.
- (22) La estela de la *Corona* trató de seguirla unos años después la obra *Ofrenda lírica a José Luis de Arrese en el IVº año de su mando*, Madrid, 1945. Repetían algunas buenas plumas, pero evidentemente Arrese no era José Antonio ni el homenaje rehuía la untuosidad.
- (23) *Y. Revista de la mujer*, noviembre de 1938.
- (24) J.C. MAINER, *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971, pp. 297-298.
- (25) *Escorial*, n.º 1, noviembre de 1940.
- (26) *Poesía*, por Dionisio Ridruejo; y *Recuerdo de Dionisio Ridruejo*, por Manuel Machado. Luis Felipe Vivanco, Antonio Marichalar, Luis Rosales y Pedro Lain Entralgo, Madrid, Escorial, 1942, p. 400.
- (27) Otras de sus obras son *Poesía en armas* (1940), *Fábula de la doncella y el río* (1943), *Poesía en armas. Cuadernos de la campaña de Rusia, En la soledad del tiempo* (1944); los libros de ensayo: *En algunas ocasiones* (1960) y *Escrito en España* (1963); o su autobiografía *Casi unas memorias* (1975).
- (28) *Corona de sonetos líricos en honor de José Antonio Primo de Rivera*, Granada, Fuerza Nueva, 1975, p. 15.
- (29) F. XIMÉNEZ DE SANDOVAL, *José Antonio (biografía apasionada)*, pp. 397-400.
- (30) La citada composición arranca así: «Vientos del pueblo me llevan, / vientos del pueblo me arrastran, / me esparcen el corazón / y me aventan la garganta».
- (31) Ver www.ideal.es/poesia/petere.htm.
- (32) Resulta palpable cierta similitud en el espíritu del penúltimo verso de «En el recuerdo de José Antonio» («y entre el rumor que clama con tu ausencia») y la composición XIV de la obra cita de Cernuda («Tu leve ausencia, eco sin nota, tiempo sin historia, / pasando igual que un ala, / deja una verdad transparente, / verdad que supo y no sintió, / verdad que vio y no quiso»). El último verso implica, aunque en sentido contrario, una paráfrasis cuasi literal de la poesía que encabeza el libro cernudiano («Donde habite el olvido, / en los vastos jardines sin aurora; / donde yo sólo sea / memoria de una piedra sepultada entre hortigas / sobre la cual el viento escapa a sus insomnios...»). Cernuda, en realidad, pisaba sobre las marcas de la rima número 51 de Gustavo Adolfo Bécquer: «[...] En donde esté una piedra solitaria / sin inscripción alguna, / donde habite el olvido, / allí estará mi tumba».
- (33) *Corona de sonetos*, p. 19.
- (34) En prosa publicará, entre otras, *Merlin e familia* (1955), *As crónicas do sochantre* (1958), *Si o vello Simbad volvese ás illas* (1961) o *Las mocedades de Ulises* (1962). J.C. MAINER, *Falange y literatura*, p. 295.
- (35) Prólogo a Á. CUNQUEIRO, *Antología poética*, Barcelona. Plaza & Janés, 1983, p. 13.
- (36) *Corona de sonetos*, p. 21.
- (37) D. ALONSO, «La poesía de Gerardo Diego», recogido en F. Rico, *Historia y Crítica de la Literatura española*, Barcelona, Crítica, 1984, vol. VII, pp. 502-503.
- (38) *Corona de sonetos*, p. 29.
- (39) Para la tormentosa relación de Lain con FE de las JONS, que tantos puntos presenta en común con la de Ridruejo, véase su libro de memorias, *Descargo de conciencia*, Madrid, Alianza, 1989.
- (40) *Corona de sonetos*, p. 33.
- (41) *Ibid.*, p. 37.
- (42) *Ibid.*, p. 41.
- (43) Véase pare el análisis de estos autores M. MANTERO, *Poetas españoles de posguerra*, Madrid, Espasa, 1986.
- (44) *Corona de sonetos*, p. 43.
- (45) *Ibid.*, p. 55.
- (46) *Ibid.*, p. 57.